



Había una vez un comerciante muy rico que tenía seis hijos, tres hombres y tres mujeres; siendo hombre de buen juicio, no reparó en gastos para su educación, y les dio todo tipo de maestros. Sus hijas eran extremadamente hermosas, en especial la menor. De niña, todos la admiraban, y la llamaban “la pequeña Bella”, así que cuando creció aún le decían “Bella”, lo que daba mucha envidia a sus hermanas. La menor, además de hermosa, también era de mejores sentimientos que sus hermanas. Las dos mayores se enorgullecían mucho de su riqueza. Se daban ridículos aires, y no visitaban a las hijas de otros comerciantes ni andaban en compañía sino de personas de calidad. Todos los días asistían a fiestas, bailes, obras de teatro, conciertos, entre otras diversiones, y se reían de su hermana menor, porque pasaba la mayor parte del tiempo leyendo buenos libros. Como se sabía que heredarían



una gran fortuna, varios comerciantes eminentes las cortejaban; pero las dos mayores decían que nunca se casarían, a no ser con un duque o al menos con un conde. Bella agradecía de manera muy comedida que la cortejaran, además, decía que aún era demasiado joven para casarse y que prefería quedarse con su padre unos años más.

De pronto el comerciante perdió toda su fortuna, con excepción de una pequeña casa de campo a gran distancia de la ciudad, y explicó a sus hijos, con lágrimas en los ojos, que tendrían que mudarse allá y trabajar para ganarse la vida. Las dos mayores replicaron que no dejarían la ciudad, pues tenían varios enamorados que, estaban seguras, las recibirían con agrado aunque ya no tuvieran fortuna; pero en ello estaban equivocadas, porque sus enamorados las desairaron y abandonaron en su pobreza. Dado que por su orgullo no eran amadas,

todos dijeron: “No merecen piedad, nos alegra ver humillado su orgullo, que se vayan y se den aires ordeñando vacas y vendiendo leche. Pero, Bella nos preocupa en extremo”, añadían; “¡es una criatura tan dulce y encantadora, les habla con tanto amor a los pobres y es de tan afable y atentas maneras!”. Más aún, varios caballeros se habrían casado con ella aunque sabían que no tenía un centavo; pero Bella les dijo que no podía pensar siquiera en dejar a su pobre padre en su desgracia, y que estaba resuelta a ir con él al campo para consolarlo y atenderlo.







La pobre Bella se entristeció al principio por la pérdida de su fortuna; “pero”, se dijo, “ni aunque llorara por siempre las cosas mejorarían, así que debo tratar de ser feliz sin fortuna”. Cuando llegaron a su casa de campo, el comerciante y sus tres hijos se entregaron con gran afán a la agricultura y la labranza. Bella se levantaba a las cuatro de la mañana, se apuraba para tener limpia la casa y listo el desayuno para la familia. En los primeros días esto le pareció muy difícil, porque no estaba acostumbrada a trabajar como la servidumbre; pero en menos de dos meses se puso más fuerte y saludable que nunca. Después de terminar su trabajo, leía, tocaba el clavicordio o entonaba una canción mientras hilaba. Por el contrario, sus dos hermanas no sabían cómo pasar el tiempo; se levantaban a las diez y no hacían más que dar vueltas todo el día, lamentando la pérdida de sus finas prendas

y relaciones. “Pero mira nada más a nuestra hermana menor”, se decían una a otra; “¡qué criatura más desdichada, tonta y despreciable debe de ser para contentarse con una situación tan infeliz!”. El buen comerciante era de muy distinta opinión; sabía muy bien que Bella eclipsaba a sus hermanas, en su persona tanto como en su razón, y admiraba la humildad, laboriosidad y paciencia con que se comportaba; porque sus hermanas no sólo dejaban que hiciera todo el trabajo de la casa, sino que la insultaban a cada momento.

La familia había vivido alrededor de un año en su retiro cuando el comerciante recibió una carta que decía que un barco, a bordo del cual viajaban efectos de su propiedad, había llegado con bien. Esta noticia volvió locas a las dos hijas mayores, quienes de inmediato se ilusionaron con la esperanza de regresar a la ciudad, porque estaban hartas de la vida en el campo.

Capítulo dos



Cuando vieron que su padre se disponía a partir, le rogaron que les comprara vestidos, gorros, sortijas y toda suerte de bagatelas. Bella, en cambio, no pidió nada, pues pensó que el dinero que su padre iba a recibir apenas alcanzaría para adquirir todo aquello que sus hermanas querían.

–¿Y tú qué deseas, Bella? –le preguntó su padre.

–Ya que tienes la gentileza de pensar en mí –respondió ella–, ten la bondad de traerme una rosa, porque por aquí no crece ninguna, son una rareza.

No es que Bella quisiera una rosa, sino que pidió algo para que no pareciera que, con su ejemplo, condenaba la conducta de sus her-



manas, quienes habrían dicho que sólo lo hacía para lucir especial. El buen hombre emprendió el viaje; pero cuando llegó a su destino, lo llevaron ante la justicia por causa de la mercancía; y luego de numerosas e inútiles dificultades y molestias, volvió tan pobre como antes.

Estaba a cincuenta kilómetros de su casa, pensando en el placer que tendría al ver de nuevo a sus hijos, cuando, al atravesar un bosque inmenso, se perdió. Llovía y nevaba muchísimo, y el viento era tan fuerte que lo tiró dos veces del caballo. Al caer la noche, empezó a temer que moriría de hambre y frío o sería devorado por los lobos, a los que oía aullar a su alrededor, cuando, al mirar de pronto



por una larga arboleda, distinguió una luz a la distancia. Al avanzar un poco más percibió que provenía de un palacio iluminado profusamente. El comerciante dio gracias a Dios por tan feliz descubrimiento y se apresuró a llegar al palacio; pero le sorprendió mucho no encontrar a nadie afuera. Su caballo lo siguió, hasta cuando vio un gran establo abierto. Entró y, hallando lo mismo heno que avena, la pobre bestia, casi famélica, se dispuso a comer con gran ansiedad. El comerciante lo ató al pesebre y echó a andar a la casa, donde tampoco vio a nadie; sin embargo al entrar a un inmenso salón, halló una hoguera enorme y una mesa abundantemente servida, con un solo cubierto. Dado que estaba empapado por la lluvia y la nieve, primero se acercó a la hoguera para secarse. “Espero”, dijo, “que el amo de esta casa, o sus sirvientes, excusen la libertad que me tomo; supongo que algunos de ellos no tardarán en aparecer”.